



Homörecitos en agraz, que ya saben del triste vivir, quizá entre ellos se esconde el genio vigoroso y creador, son los huerfanitos, los hijos del dolor. Foto Escobar.

Entre tanta visita de CENTAURO ninguna tan emotiva, tierna y conmovedora, como la que hicéramos a la Casa de Maternidad, a los pobres huerfanitos, a los hijos del dolor.

Nos acompaña don Nicolás Belmonte, visitador de la casa, persona competentísima y que siente un vivo interés por las cosas y problemas de la beneficencia provincial, estando documentadísimo y bien orientado.

Llegados que fuimos, una monja nos franqueó la entrada y nos condujo a un claustro, donde Sor Josefa nos recibe y tras la presentación de nuestras personas a la inteligente madre, emprendemos la visita a las distintas dependencias, que don Nicolás nos explica y nos va enseñando.

Todo está limpio, sencillo y pulcro; se vé el escrupuloso cuidado de las hábiles manos de las monjitas. (Debo hacer constar no esperaban nuestra visita.)

Mientras vamos de sala en sala, la paz y la dulzura que allí reinan se va enseñoreando de nuestro espíritu; a pesar de ello sentimos una melancolía, una vaga inquietud que no nos acertábamos a explicar.

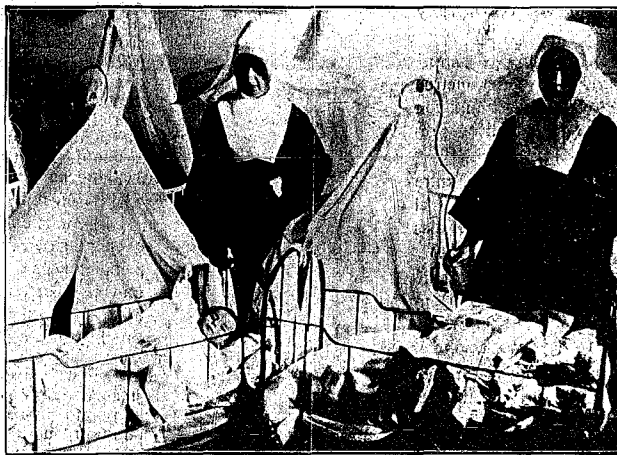
Los dormitorios son espaciosos y bastante ventilados; las camitas de hierro, con sus alegres colchas de cretona, se alinean espaciously, todo está limpio y ordenado con exquisita minuciosidad; en el cuarto de aseo reina el mismo orden y limpieza: este tiene un defecto los lavabos están pegados a la pared; cuando debían estar en el centro y los tubos del desagüe alto bajan rectos a la alcantarilla, haciendo inútil el accodado del octurador; en la enfermería cuidadosamente aseada, se nota la falta de un cuarto de baño por modesto que fuera; la escuela, bien ventilada, es espaciosa y cómoda; al lado hay un ropertio, donde los pequeños cambian sus batas.

En la sala de lactancia, amplia y bien ventilada, está dividida en dos, las cunitas con sus ropas blancas son como bellotas de lana, como cestos de espuma. Bajo los doseles de tul, hay tres pequeñitos, los sorprendemos dormidos y como mariposas en el caliz de una magnolia. Al contemplarlos la vaga inquietud sentida se define, toma forma, es un ansia de ensanchar el corazón, para tener más amor que ofrecerles en nuestra visita a los hijos de nadie, a los hijos del dolor, y la ternura que nos invade el alma nubla los ojos.

En la otra habitación duermen las amas y como todas se encuentran sin cuarto de baño: sólo una habitación pequeña con palancanas de cobre y bañera de cinz, es lo que, en esta dependencia, existe para el aseo.

La sala del Amparo merece párrafo aparte. Figúraos un salón de bajo techo, con dos únicas ventanas de un me-

LOS HIJOS DEL DOLOR



Como capullos entre espuma, cual mariposas en el caliz de una magnolia, los que en el albor de la vida quedaron sin madre, la Piedad vela su sueño. Foto Escobar.



El objetivo aprisionó ese bello grupo, todo gracia y caudor, que pone de manifiesto el amor y la fe de unas santas mujeres, mientras las pequeñas rodcan a nuestro Director X como a un buen amigo. Foto Escobar.

tro cuadrado tapadas con unas celosías y en la que por la poca luz adivinamos hasta ocho camas de hierro con jergón en ese local y así reunidas, dan al mundo un nuevo ser las desgraciadas, las sin ventura. No culpamos a nadie, cosas son estas de la vieja política, en que los caciques, ansiosos de votos, no exigen a los pueblos y en los pueblos no se cobra y la Diputación vea disminuir sus ingresos, motivo de la falta de fondos para la beneficencia provincial.

Hoy los pueblos tienen que atender a sus necesidades insatisfechas en el desastroso y desaparecido régimen y a las Diputaciones no llegó aun lo que necesitaban, todo lo que se les adeudaba y son muchas las atenciones que tiene que llenar. No obstante, sabemos se han empezado obras, que hay un plan completo de reformas y que en breve la Casa de Maternidad tendrá todo lo que exige la higiene y la vida moderna, gracias al actual régimen de justicia y moralidad.

La salita de operaciones está muy bien dotada, todo el material se halla nuevo y limpio, así como cuenta con un pequeño botiquín bastante completo.

Durante la visita las madres que nos acompañan nos hacen notar los numerosos donativos y mejoras hechas por Sor Ascensión... «esta soñería la hizo Sor Ascensión...» y el piso de madera de la Iglesia también... y así sigue la voz dulce de la madre.

Para que no nos quede nada por ver, visitamos el comedor, en el que la limpieza llega a lo inverosímil, como en la cocina y en la despensa. Por

último penetramos en un patio, las niñas juegan al corro y la mística canción de las voces infantiles conmueve el alma y como un beso sube a través del azul, hasta la Madre de todos. Uno de los pequeños acogidos es Tomasin Requena García, el orgullo de las monjitas, madres al fin! Llegó a sus manos de dos años y hoy le contemplan satisfechas y esperanzadas; el pequeño pensionado por la Diputación, estudia brillantemente tercero del bachillerato; las monjitas ven en él una futura lumbrera del foro o la medicina.

En la Iglesia nos atrae una imagen de la Milagrosa y la Virgen recoge la súplica de las voces infantiles, que hasta allí llegan dulces y lejanas «...y María Inmaculada—allí mi alma recibirá...» Nos despide la Superiora y ya en la calle caminamos silenciosos, llevamos en el alma una pena y un gran amor en el corazón, para los pobres huerfanitos, para los hijos del dolor que no saben del beso maternal.